

ENTRE LA SELVA



— Hermano, ¿cómo es el estilo de aquella décima que cantó el *Coverito* en la reunión de Zabeira?

— No me acuerdo.

— ¿No es así?

Pancho Díaz, apoyado en el mango de la hacha, silbó un estilo.

— ¿Es así?

— Pueda, no me acuerdo.

Y, cubierto de sudor el rostro color de arcilla, bien afirmado sobre las recias piernas desnudas, Saturno tornó a levantar la hacha que con ritmo lento y magistoso, caía y rebotaba y volvía a caer y rebotar sobre el tronco grueso y duro de una aruera.

Pancho Díaz, — un mocetón alto, fornido, de fisonomía enérgica y sonriente, se escupió las manos y continuó envistiendo su árbol.

Durante un cuarto de hora, solo se oyó el ruido sordo de las herramientas mordiendo la leña. El sol caía a plomo sobre la gramilla y las zarzas y los árboles abatidos en el estrecho potrill. En el contorno, los guayabos, las arueras, los coronillas, los blanquillos, — apretados, entrelazados, confundidas sus ramazones que habían resistido durante siglos los zarpazos de los vientos del sud y los vientos del este, — se erguían inmovilizados, serenos y nobles, con la tristeza angusta del héroe que muere una muerte obscura. En lo alto, los pájaros, á la puerta del nido, observaban mudos la profanación de la selva. Antes, el propietario solía cortar árboles para sus necesidades, para alzar una casa, para construir una manguera; para fuego rara vez: se contentaba con los espinillos y coronillas muertos. Ahora el nuevo dueño, venido de la ciudad, talaba todo, abría sin piedad anchas y bochornozas hendas en el cuerpo sagrado del bosque y pronto las aguas del río, las aguas turbias y mugidoras del Cebollatí, quedarían expuestas á todas las miradas. Se iría en carruaje hasta el borde de las barrancas y las damas de piel blanca y manos

menudas se darían el placer de pescar esos bagres, amarillos y roncadores que, al salir de su elemento, aprietan las agallas y se suicidan de rabia. Los boquirubios pasarían por allí, altaneros, desdeñosos, hollando con su planta, ofendiendo con su presencia el secreto lativo, la morada del puma, del jagueté, del receloso aguará, del altivo charrúa, del gaucho indomable. Las pavas del monte que habían buscado refugio en lo más hondo, en lo más obscuro, lanzaban su lamento en un canto que semejava un ruego; mientras más lejos aún, y más alto, en plena luz de sol, sobre los penachos sombríos de los yathays, las águilas, apoyadas en la garra potente, inmóviles las rojas pupilas, permanecían quietas, silenciosas, solemnes, como los últimos representantes de la raza madre en el martirio.

— Hermano, ¿no me presta su tostao pa dentrar en la penca de Zacarías?

— No puedo. Lo necesito.

— ¿Pa materiar?

— ¡Quién sabe!...

Y luego, señalando los árboles tronchados, la selva herida, el ancho claro abierto en la entraña negra, — Ya no hay materiadadas, — dijo con honda tristeza.

Pancho Díaz tosió. Las hachas volvieron á levantarse y á morder las duras cortezas, y durante un rato solo se oyó su golpear seco, seco, casi lúgubre, en medio del potrill donde el sol del medio día bajaba á plomo, sereno, quemante, implacable como la mirada de Dios sobre Caín.

Pancho Díaz cantó:

Vos sos lo que quiero,
 Vidalita,
 Vos sos lo que adoro,
 Mis lunas de plata.
 Vidalita
 Y mis soles de oro.

Saturno sacudió la melena negra y rizada, y continuó hachando, con la mirada fija en la blanca herida de donde saltaban astillas, como esquirlas de un hueso brutalmente fracturado.

Tornó á cantar:

Cuando no te veo,
Vidalita,
Con todos disputo;
Y se me hace el campo,
Vidalita,
Vestido de luto.

— ¡Me caigo... y no me levanto! Siempre ha de haber un ñudo pa un pobre y un bagual pa un maturrango! Cuasi me desloma este guayabo que se volió pal lao de enlazar como gringo ricién llegao!...

En tu juramento,
Vidalita,
Sencillo confié:
Fué escrito en el agua...
Vidalita,
¡Y el agua se fué!...

— ¡Hermano Saturno!

— Qué.

— ¿Usted nunca se cayó de la cuna cuando era chico?

— No sea bobo.

— No sé enoje, hermano; es por un decir. Usted sabe que la vida es como el arroyo, vidrio por arriba y barro por abajo. Más vale jugar con el agua que chapar al barro!

La mujer y el vino,

Vidalita,

Son el mismo engaño:

Placer de un momento,

Vidalita,

Tormento de un año.

Saturno levantó furiosamente el brazo — un brazo obscuro, duro y elástico como un muelle de acero — y dejó clavada la hoja de la hacha en el corazón de la aruera.

— Hermano, ¿á usted no lo ha picao nunca una *crucera*? — preguntó Pancho Díaz.

— ¿Por qué?

— Porque he óido decir qu'el picao por *crucera* queda medio azonao pa de siempre.

Saturno, con un esfuerzo violento arrancó la hacha enclavada en el árbol, la alzó sobre su cabeza y la hizo brillar amenazante sobre la cabeza de su compañero. Éste retrocedió, y un poco pálido, la voz algo insegura, pero la mirada firme y resuelta:

— Hermano, ¿es pa deberas? — dijo.

Saturno soltó la arma que cayó sin ruido sobre el montón de ramas, bajó la cabeza y haciendo esfuerzos por detener una lágrima que temblaba sobre sus largas pestañas negras, exclamó conmovido:

— No, hermano; pero no me hable más de la carrera perdida: se gana la plata, la pasencia no; y no es de güen oriental apretarle la cincha á mancarrón matao.

Con paso lento, la cabeza alta, la mirada á un tiempo firme y cariñosa, Pancho Díaz avanzó hacia su amigo; posóle en el hombro su mano ancha y corta, morena y dura, y díjole con voz casi solemne:

— Es por servirlo, que le hablo, hermano. Yo también he sido potro y cosquilloso, y los primeros lazos me hicieron espumar de rabia. Después, cansao de bellaquiar al cuete, tuve que entregarme mansito, morder el freno y hacer sonar la coscoja. En ocasiones, tuavía, suelo hinchar el lomo, pero ya no coreo, porque sé qu'es al ñudo. En el camino se hacen güeyes los novillos más ariscos.

Luego, con un gesto de enojo, sacó la tabaquera y lió un cigarrillo.

— ¿Quiere pitar?

Saturno se sentó sobre un tronco de aruera, y con la hacha entre las piernas, la cabeza inclinada hacia el suelo, doblegado el torso fuerte, quedóse por instantes breves, abatido y sin voz. Después, moviendo con el pie una lechiguana que enyuelta en el poncho de verano, tenía medio oculta entre las ramas del árbol caído:

— Usted sabe mi desgracia, — exclamó con voz sorda.

— La sé y lo comprendo, porque también he pasao por eso...

— ¿Usted es casao? — preguntó Saturno con asombro. Su amigo meneó afirmativamente la cabeza.

— ¿Y su mujer, también?

— ¡También!... ¡Si ya no encuentra un manso pa acollarar un arisco!

Y más tarde, con un acento amargo, desconocido en la voz del alegre Pancho Díaz, agregó:

— Conozco bien, soy buen baquiano en ese astero, que es largo y fiero... pero que se pase!

— ¡Y usted está alegre!

— ¡Alegre por juera, seco por dentro; lo mismo que guayabo viejo!... ¿Crée, hermano, qu'es de contento que escarcea el potro recién domao, cuando le sumen la espuela?... Yo he cruzao el estero y he salido curao de espantos. Los jejenes, los mosquitos y los tábanos, ya no me hacen ni mosquiar, y hasta le he perdido el aseó al barro.

Saturno levantó la cabeza y observó á su amigo, admirando la expresión de resignada tristeza que había en el fondo de aquellos ojos áridos y el rasgo de amargura que dibujaban en el rostro moreno, los labios contraidos en un pliegue doloroso. Sintióse pequeño y un borbollón de sangre coloreó sus mejillas color de tierra quemada. Ocultó la frente en la mano encallecida, y, en un tiempo muy breve, desfilaron á galope los oscuros episodios de su vida. Vió su infancia de aguilucho á quien le han muerto los padres y deshecho el nido; su juventud, tan cargada de trabajos, como desnuda de afectos; luego, el rancho del viejo Anacleto y el rostro encantador de su Malvina. El tenía veinte años, ella quince. Todos los domingos se veían en el puesto, donde la mozada acudía atraída por la bondadosa hospitalidad del viejo y la charla alegre de las cinco muchachas. Nunca faltaba un tocador de guitarra ó de acordeón, y con eso, mate amargo y una botella de caña, ya estaba armado el baile. Malvina — coqueta y despreciada por los mozos en su calidad de *gurisa*, — aceptó gustosa, la deferencia, primero, la amistad más, el amor, al fin, que le fué ofreciendo, cariñosa y tímida, la alma tierna de Saturno. Ese tiempo fué para ella un alegre *jugar á los novios*, satisfacción de vanidad femenina; el cariño no había ardidado aún en su corazón de rapazuela despreocupada.

Así pasaron dos años. La chicuela comenzó á ser codiciada; y ella fué sensible á las galanterías un poco picantes, á los requiebros un tanto atrevidos, de los cazadores de gacelas. Las súplicas, las miradas lánguidas, la palabra trémula, la solicitud torpe de Saturno, no satisfacían ya su temperamento de criolla ardiente

y vivaracha. Empezó á repudiarlo, á herirlo con desaires que el mozo sufría como caprichos de muchacha mimosa. Al fin, fué necesario que ella lo plantase, que rompiera con descaro su compromiso, para que él se diese cuenta de la transformación operada en su Malvina. Se retiró con las lágrimas en los ojos, dolorido y sin rencor, esperando en que aquello sólo había de ser un ventarrón de primavera. Poco tiempo después, supo con asombro que Dionisio, — un pardo *coquimbo*, compositor de parejeros, — la había *acabado* y la tenía en un ranchito de la costa. El viejo Anacleto fué quien le refirió la desgracia, diciendo, á manera de filosófico comentario:

— « ¡Qué se v'hacer!... La mujer es como la mosca: lo mesmo se para en la azucara qu'en la osamenta! »... A los pocos meses, el pardo, acusado de robo, desapareció del pago; y Malvina regresó á casa de su padre, sin demostrar ni aflicción ni vergüenza. Saturno volvió á ser su amigo, ella le sonrió de nuevo; sus amores recomenzaron cual si nada hubiere pasado, y un domingo, el juez y el cura se encontraron en el rancho de don Anacleto para unir en matrimonio aquella oveja descarriada y aquel constante amador.

Durante el primer año, Saturno fué feliz. Trabajando desesperadamente en cuanta ocupación se presentaba, económico, sobrio, duro consigo mismo, se gozaba en ofrecer á su Malvina las comodidades de una señora. Peón de tropa, carrero, cuarteador, no había trabajo duro para él, como no había pulperia que lo tentase, ni vicio que le arrancara un centesimo. ¡Dicha corta y caramente pagada!... Con el comisario, con el rubio Marcelo, con Cándido Vargas... ¿con cuántos lo había engañado después? La maledicencia pública decía que con todo el mundo. El no lo había visto, pero lo sabía; y cada noche le ofrecía un indescriptible sufrimiento. Entre los brazos pérfidamente cariñosos de su amada, contemplaba, noche á noche, una lucha horrorosa en



tre su dignidad y su cariño, afanándose en una duda imposible, obscureciendo voluntariamente su razón, para aceptar como sinceras las palabras y las caricias de la impura...

— ¡Es preciso que sea perra! — dijo de pronto tirando el cigarrillo que había estado mascando, más que fumando.

— Pero hermano, — respondióle Pancho Díaz cariñosamente, — ¿por qué no la deja?... Bagual que sale mafiño, ó se le quitan las mañas, ó se larga que vaya á criar cola.

Saturno se puso en pie de un salto, y, densamente pálido, los ojos fuera de las órbitas, los labios convulsos, la frente bañada de sudor:

— ¿Por qué? ¿por qué?... — rugió. Y luego, acercándose á su compañero, clavándole las manos en el hombro para atraerlo y retenerlo:

— Porque, — continuó con voz más baja, sombría y trémula, — porque el miércoles pasao, al escurecer, cuando iba llegando al rancho, vide maniao el zaino pangaré del pardo Dionisio y vide la puerta 'el rancho cerrada... Llevaba l'hacha en la mano... atropellé, di una patada á la puerta... Dionisio disparó, lo corri, se me fué...

Volví al rancho... ¿comprende, hermano?...

Los dedos duros y potentes de Saturno se crisparon oprimiendo el hombro de su amigo, sus ojos brillaron más aun proyectando una especie de luz negra y quemante, y su voz se hizo más apagada y más ronca:

— ¿Comprende?... Le abrí la cabeza, el pecho...; saltaron los sesos, la sangre, las tripas... ¿comprende?... Después eché todo en un bolsón de lana; eché todo con la piedra de afilar; y fui á la orilla, á la barranca, en la Laguna Sucia...; empujé cayó...; los camalotes se rompieron; el agua hizo gorgoritos... después... ¿comprende, hermano?

— Compiendo — contestó Pancho Díaz con grave y solemne entonación. En seguida tendió la vista por el abra, escudriñando recelosamente la ancha muralla de guayabos, arueras, coronillas y blanquillos, y á su vez en voz baja y breve, al oído del compañero:

— La mia hace tres años que se está pudriendo en el palmar, — murmuró.

JAVIER DE VIANA

Estancia «Los Molles», Junio de 1902.



Por esas calles....

Caramba! Y como abundan por esas calles de Montevideo los muchachos que estorban el tránsito y exponen á cada instante á un porrazo á los transeuntes. No sabemos, francamente, si son ciegos los guardianes del orden público, pero sí sabemos que los muchachos abundan y estorban, sin que por lo general se les diga una palabra. Dos instantáneas, tomadas en el mismo día, con pocos minutos de diferencia y en parajes de los más céntricos de la ciudad montevideana, bastaría para llamar la atención de nuestro Jefe Político, tan cortés y tan bien dispuesto en lo que dice re-



EN LA ESQUINA COLONIA Y CIUDADELA

lación con el mejor tránsito público. Ahí las tiene reproducidas fielmente, por si acaso. En una de ellas es una hermosa y distinguidísima dama la que debe atravesar entre los juguetones pilletes, problema difícil que ella estudia sonriente y bondadosa, recordando quizá aquel juego de tantos recuerdos infantiles. — «Pescador, pescador, ¿me dejarás pasar?!... Y ya que de damas hablamos, cerremos esta sección con una visita de elegantes damas que salen de los Capuchinos, en día de San Antonio, después de rogar al Santo... por lo que tuvieron ó lo que tienen que rogar. San Antonio es santo de la predilección femenina. Bendito sea San Antonio, el más envidiado de todos los de su estirpe.

